

LA PETIMETRA.

SEGUNDA PARTE. TARDE, Y NOCHE DE SU DIARIO.



OMO Doralisa no acostumbra dormir la siesta, temerosa de descomponer el peinado, y malograr el bien empleado tiempo, y cuidado que le ha merecido su propia presuncion, se mantiene regularmente en la ventana, siempre que lo permite el tiempo, bien desvelada, mientras otras duermen.

Es el balcon un lugar mui apetecible para qualquiera Linda, la pieza principal, y mas apreciable de su habitacion. Aquello de poder tener la mitad, ò todo el cuerpo fuera de casa, es un bello arbitrio para quando no se encuentra el coche prestado. En el paseo, ò la visita tal vez es incierto el encuentro sin el aviso; pero en la ventana no se puede errar el tiro, ni descuidar la atencion. Bien comprenden esto algunas Señoritas, que, hipocritas de recoleccion, no apetecen el acompañar à sus Madres, ò Parientas por quedarse solas en casa, con achaque de una indisposicion, que se quita al sereno. Hacen estas del balcon el Theatro de su divertimento, en cuyas entradas, y salidas se executan los lancees con tal destreza, que el Galan, que está escondido en la sala, no comprende los rendidos obsequios del que pafsea el terrero, y ambos ignoran el doble trato de la Dama. Otras Scenas se representan con Apuntador, siendolo desde el paño una Tia, si comprende, que la Comedia puede acabar con casamiento, ò un Chusco, quando solo se trata de oir las cuchufletas del Gracioso pafseante. Sentada una Niña à hacer labor, atisba, por entre las cortinas en Verano, y por los vidrios en Hibierno, à quantos passan, riendose de los mismos que tienen la risita por favor. El dexar la almohadilla, y ponerse en pie al ver venir un Cortejante, es fineza, que le obliga a tropezar con quantos encuentra, por no perder de vista el balcon, hasta que el objeto se oculta con la esquina, ò se desvanece con la distancia.

El menor incienso, que recibió nuestra Linda en este lugar, fue una profunda reverencia, acompañada de un par de trompicones, ocasionados de poner la vista donde se dirigia la atencion, y no donde caminaban los pies. Venia un Militar à passo redoblado, presumiendo à lo Petimetre de nueva Ordenanza, con

la cabeza vuelta, atendiendo al balcon, y mas alta, que un Corregimiento, para quien le pretende alcanzar sin dinero; la casa mas corta, que Vizcaino recien venido de su tierra; la espada colgada del bridicu, como de un clavo; y el sombrerito pigmeo de ala, è invisible de escarapela. Iba paufando su marcha al acercarse à la Dama: hizo alto enfrente de ella, y quitandose el sombrero con dos deditos de la mano izquierda, le precipitò sobre la misma faltriguera, y dixo: Bien se conoce en la ofadia de effos Soles, que son dos contra uno, pues no temen la reverberacion de los rayos del que, mas por temer el escarmiento, que por respetar la hermosura, no se atreve à competiros frente à frente, y cara à cara. Habeis errado el concepto, dixo Doralisa, en juzgar cobarde à quien ha muerto à tanta gente, y se hace respetar de modo, que no hai quien se atreva à mirarle el rostro. No atribuyo el que haya hecho treguas con mi color, sino à que no encuentra en él, que deslucir; pues olvidado este Caballero andante de lo galan, y enamorado, que nos dicen fue en su tiempo, trata tan mal à las Damas presumiendo de boquirubio, que da todos los dias nuevo aliento à su Clicie, solo para complacerse en la zelosa vigilancia, con que esta observa su camino. Confieso, dixo él, que jamás puede solicitar mi ingenio otra gloria, que la de verse convencido en competencia del vuestro; pero es algo de vanidad el que me supongais tan ciego con el amor, que os rindo, que pueda creer à esse labio, quando me supone un defecto en vuestro color, que le desmienten mis propios ojos. Y en quanto à las quejas, que teneis de esse rubio Passeante, debierais disminuir las por estas razones, que doi en su abono.

Van las Damas al passeio,	Y en su casa estar les cabe
Si hace Sol, en el Hibierno,	Aguantando un gesto grave;
Cortejandolas mui tierno	Si no le hai, con su Galan
Uno, y otro Chichisveo:	A tomar el Sol se van,
Si hai nublado, no hai buréo,	Y toman lo que Dios sabe.

Durò esta conversacion largo rato, porque el Militar era de aquellos que presumen hablar bien, consitiendo toda su rhetorica en unos conceptos, que encubren la falacia de los supuestos, ò consequencias con la artificiosa colocacion de las voces; pero haciendo analisis del discurso, con facilidad se descubren los barbarismos en toda su deformidad natural. Cansòse Doralisa de tan prolixas expresiones, y afectados rendimientos y fingiendo que la llamaban de adentro, se despidió del Militar, quien se fue mui desvanecido de que la vecindad hubiese

biesse escuchado sus elevadas frases, y sutiles conceptos.

De allí à poco apareció un Criado de Clavela, el qual con la acostumbrada ceremonia dixo à nuestra Linda, de parte de su Ama, que si queria ir con su hermana Anarda à la Opera, luego passaria à buscarlas con el coche. Oidos que tal oyeron: Opera, y coche, y que si quieres? Decidla, que nos hará mucha merced, y que puede venir quando gustasse, pues vamos à vestirnòs inmediatamente. Y como muger de su palabra, avisò à su hermana, y empezó à componerse, con tal prolixidad, y tan repetidas impertinencias, que bastarian para apurar la paciencia de un Pretendiente; pero por fin con ayuda de Dios, y de la *Marieta* se perfeccionò esta grande obra, y quando llegó su Amiga, ya Doralisa estába puesta de veinte y cinco arfileros, y adornada assi.

De cintas una gola al cuello puesta,

Cuyo lazo aun al rostro da hermosura;

Escote delicado, que procura

La belleza aumentar, que manifiesta.

De peto, y delantal al arte cuesta,

Desvelo el bello enlace, y nueva hechura;

Con lazos, y pulseras la blancura

Del brazo luce, y à la nieve apuesta,

En casaca, y brial coste no escusa,

La eleccion primorosa, y delicada;

El abanico al aire, que se usa.

La Primavera toda aprisionada

En lazo de oro, porque estar rehusa

De Doralisa al lado desairada.

Entròse al aposento de Anarda, que tambien se habia prendido con delicadeza, y ambas baxaron à tomar el coche, donde los cumplimientos con Clavela se convirtieron muy presto en reciprocas alabanzas del trage, y peinado, aunque interiormente à cada una le parecia muy mal la compostura de las otras dos. A quien has favorecido con pedirle el coche? dixo Doralisa. Pues qué no le conoces? respondió Clavela: cierto que creí, que las señas eran inerrables. El desaliño, y poco adorno interior de la caxa, la indecencia del Cochero, y la delicadeza de las mulas, están diciendo, que son alhajas de Don Lesmes. Bien podia tenerlo todo como corresponde à los sujetos, que acostumbra disfrutarlo, añadió Anarda; pues à la verdad está tal, que solo nuestra natural inclinacion à ir en coche, puede suplirle tanta mezquindad à su dueño. Mira que cordones: bien podia hacer frio, y correr viento, que no echaria yo el vidrio por no tocarlos.

los. Pues las mulas: se trasparentan de puro flacas, y yo apuesto, que desean mas el descanso del muladar, que la fatiga del paseo.

Continuaron esta conversacion las tres Damas, sin que hubiera parte del coche, ni circunstancia de su Amo, que no fuese asunto de murmuracion. Assi acostumbran agradecer estos obsequios, que siendo enteramente graciosos en quien los franquea, los juzgan precisa obligacion al recibirlos. Hai sugeto, que gasta quatrocientos ducados en mantener su tren, sin poder disfrutarle, especialmente quando mas le necessita, y se va por essas calles en tiempo de lodos, muerto de frio, y sonandose de tropel, mui contento con saber, que su coche le ocupan quatro Niñas, que le favorecen. No ignoro, que la buena educacion enseña, que se ofrezcan nuestros bienes à la disposicion de las Damas; pero en estas debe estar la prudencia de no disfrutarlos sin precision. Que pidan el coche para una diligencia inescusable, quando la lluvia, ò el lodo hace impracticables las calles para su trage, es puesto en razon: que le ocupen para ir à un visiton, por la costumbre de no exponer el rico vestido, y precioso adorno à mil casualidades, que podrian deslucirle, es tolerable; pero que qualquiera dia (amanezca mas claro, que nn no quiero, ò mas ofuscado, que un dote) disfruten esta alhaja, para formar paseo donde se les antoje, para ir à ver à Fulanita, y para otras mil cosas, que no se me quedan en el tintero por ignorarlas, es cosa insufrible. Conozco no obstante, que son en parte disculpables de este abuso, porque el atractivo es grande, y muchissimas las conveniencias de un coche, que no las refiero, unas por sabidas, y otras porque no se sepan; las que sin duda le han hecho tan apetecible, que para no prestarle, casi es el unico medio el no tenerle; pues aunque su dueño quiera echarse à descortés, y le guarde mas que las fiestas, se le atisbarán con anteojos, y sacarán con ganzuas. Lo mejor es andarnos todos à pie, ò aprender de aquel, que teniendo un carro, por providencia, le puso tan alto como las estrellas.

Llegaron à la Rambla. nuestras Damas, presumiendo cada una lograr la preferencia, y llevarse la atencion; pero en realidad la mayor parte de los obsequios, que les tributaron tantos ociosos, ò mal ocupados Lindos, como habia en aquel parage, se dirjgian à Doralisa. Todo el paseo se reduxo à passar repetidas veces por delante de los Cafees, en cuyo lugar no estaba un punto ociosa la atencion, atropellandose las cortesias unas à otras. Distinguiase en ellas la aficion de los sugetos, pues unos apenas movian el sombrero, enfadados con tanta repeticion, y otros le aba-

abatian casi hasta el suelo, mostrando assi su rendida inclinacion. Don Lindoro sobrefalía entre todos, y despues de haber inutilizado el sombrero, no pudiendo mas con su natural, se llegó al coche, y subió al estribo, quedando en una positura nada decente para los que estaban por aquella parte. Hallabase en sus glorias dandose un hartazgo de favores, quando Rosalindo assomó por *Escudillers*, ya informado del repentino combite de Clavela por la *Marieta*, que con esse encargo quedó al balcon. Atisba el coche, ve la competencia, y sin aguardar mas razones ponese al otro estribo, para igualar el peso: prosigue con su acostumbra da retaila, hasta tanto que las Damas, enfadadas de que les esrorvassen la vista por las portañuelas, y siendo ya hora de entrar à la Opera, hicieron seña al Cochero. Campaneabase este sobre la silla, aguijoneando las mulas, que por su flaqueza, y la añadida de peso, se movian perezosamente. Arrimó à la puerta como pudo, y al apearse las Lindas, sostenidas del brazo de los Caballeritos, se acercaron algunos otros à la portañuela para verlas, y los que no cupieron por aquella parte se colocaron en la otra, contentandose con ver lo que pudieron.

Entran en la Camarilla, y la primera se assoma Doralisa al balconcillo. O que hermosa vista, para quien desea lograr la de todos! Allí se ve junta casi toda la gala de la Poblacion, pues este es el paradero de los Lindos, despues de passar las calles, ò hacer alguna visita de confianza. Aun no se habia empezado la Opera, y como el aposento era de los mas apreciábles, por ser de los inferiores, no solo se divirtió nuestra Perimetra con señas expressivas, y mudos obsequios, sino tambien con la conversacion de algunos, que se arrimaron al balconcillo, manteniendo el puesto à pesar de quantos iban entrando por aquella parte, y pretendian desalojarlos de él con repetidos empujones, y tropiezos; pero al comenzar la Opera se fueron todos à ocupar sus asientos, dexando el campo libre à los dos Acompañantes, que hasta entonces habian aguantado la mecha. No lograron estos largo tiempo la pacifica possession de su imaginada fortuna, pues no cessaban de entrar unos, y otros en la Camarilla, cortandoles el revefino à lo mejor con sus estudiados preambulos, y ridiculas embaxadas. A todos atendian las Niñas, haciendo cara aun à los que tenian à sus espaldas. Entraba uno, y despues del regular cumplimiento empezaba su conversacion, y aun no tenia bien sentada su basa, quando otro empujaba la puerta, y destripaba el cuento. Solicitando Rosalindo distinguirse, entre tantos, mandó al Cafetero, que embiasse el refresco. Luego entra-

ron los Arrendadores de la gula con las bebidas, y demás ingredientes del gusto. Para qué es esto? dixo Doralisa, no os tengo dicho, que escuseis con nosotras estos cumplimientos? Eſſo es correrme, Señora, por lo que tan poco importa, dixo él, haciendo la cabeza por detrás de los otros, que ya estaban colando las bebidas, y engullendo los vizcochos. Duró largo rato el agassajo, porque à Doralisa entre sorbo, y sorbo le cabian algunas graciosidades, con sus objecioncillas, y respuestas, hasta que acabado marcharon los sirvientes con las vandejas debaxo el brazo, y los vasos envainados unos dentro de otros. Salió Rosalindo à decirles, que lo pusieran à su cuenta, y volvió à entrar, quedando mui pagado de su trabajo, aunque no tanto del gáſto el Cafetero.

Concluyóſe la Opera, ſin que hubieſſe en la Camarilla quien pudiera dar razon de ella; pues ſolo habian atendido à tal qual coſa de los Bailes, al traje de las Actrices, y Bailarinas, y principalmente al adorno de ſus cabezas. Salieron nueſtras Damas con todo el séquito de Acompañantes, hasta que tomando el coche ſe despidieron, ſuplicandoles Anarda, que favorecieſſen ſu caſa, donde Clavela iba à paſſar el rato. Iremos à lograr eſſa ventura, y disfrutar tanta dicha, dixo Don Lindoro; y luego arancó el coche con mas dificultad, que gargajo de hetico. Iban las tres Lindas gloſſando quanto habia paſſado. Que machaca ha eſtado Don Lindoro, decia Doralisa: pues Rosalindo, no digo nada. Siempre me cuentan, que no ſoſſiegan en parte alguna, y quando yo voi à la Opera, no puedo quitarmelos del lado. Lo peor es, que ha dado la gente en decir, que me cortejan, y yo bien ſabe Dios, que ſiento acreditarme de tan pobre guſto. Mire v. m., que bravo par de ſugetos para un deſempeño. Eſſo no tiene remedio, añadió Clavela, tambien decian lo miſmo de mi, quando Rosalindo dió en frequentar mi caſa, y yo (ſi por cierto) tanto caſo hacia de él, como de lo que piſo.

Con eſta converſacion llegaron à caſa de Doralisa: ſentaronſe en el Eſtrado, y de allí à un rato entró Rosalindo con todo el séquito de combidados diciendo, que ſe habian detenido al paſſar por cierta Igleſia, donde habia Novenario, y que eſtaba la nave hecha un cielo. Luego ſe le previno à Doralisa, que no debia perder la ocaſion de disfrutar eſta funcion, y propuſo à ſu Amiga, que ſupueſto que la noche era larga, y no ſabian en que entretenerſe, podian ir con aquellos Caballeros à la Novena. Al punto ſe aprobó el penſamiento, y quitandose parte de la compoſtura mudaron el traje, y ſe puſieron las mantillas. No con-

siste siempre el atractivo de la belleza en lo rico, y brillante de su porte, pues una Niña de mediano garbo, y algo de gracia, con la mantilleja, se las apostará à rendir voluntades con la mas pintada, y compuesta à la ultima moda. Todo lo tenia Doralisa, que puesta de Trapillo parecia otra muger; quando salió à la calle, con las demás, de este modo.

La mantilla en canal sobre la frente,
Y con el abanico sujetada;
Derecha la borlita colocada,
Porque la gracia, con su embuste, aumente.
Pisando menudito, adredemente
Menea la cintura delicada;
Los ojitos oculta, avergonzada
De matar sin motivo tanta gente,
Disimula la voz con el ceceo,
Trueca la discrecion en chuladitas,
Para que el atractivo mayor sea.
Su donaire es reclamo del deseo
Con gracioso meneo, y llamaditas:
Ea, Señor, que me hago una jaléa.

Divirtieronse por la calle con los chistes de los Acompañantes, y la diligente curiosidad de algunos otros, que las siguieron. Llegaron à la Iglesia, quando ya estaba para acabarse la funcion; pero no obstante, aun tuvo tiempo Doralisa para rezar brevemente, y conversar con algunas Amigas de su proprio humor, las que casualmente se encuentran en todas estas concurrencias, que piadosamente instituidas para aumentar la virtud, con provecho del proximo, sirven, por un intolerable abuso, à la diversion particular, y disimulado galantéo de algunos sujetos, à pesar de tantos vigilantes Zeladores, que procuran mantener en todo su candor el culto Divino. Claman los Predicadores, ansiosos de remediar el daño, y oyenlos aquellos que están con atenta devocion; pero no los Pisaverdes, por tener ocupados sus oidos con otras voces, que oyendose menos, se escuchan mas. No faltaron en esta funcion muchos de estos ociosos. Unos se colocaban donde podian ver mejor el objeto, que apetecian; y otros cerca de la puerta, ò al lado de la pila, para que nadie entrasse sin passar por su registro. Requebraban à las Niñas, y motejaban à las Viejas; pero apenas veian que se acercaba algun Zelador, afectaban devocion con una hipocrita compostura.

Al salir Doralisa se detuvo un poco, junto à la pila, rezando alguna devocion, que se le habria olvidado, y entretanto los

mozuelos tuvieron lugar para hacer de las suyas, interrumpiéndole la oracion. Volvieron à su casa con la misma diversion, y cortejo, donde se acabó de passar el rato en conversacion, murmurando de los chichisveatos de unas, y de la mal fundada vanidad de otras. No faltaron cuchucheos, y cada uno de los concurrentes aprovechó el ratito, que le cupo en pelar la pava, hablando al oido. Enseñóles Doralisa unas flores, que habia comprado para la cabeza, explicandoles la nueva idea, con que pensaba colocarlas, y que queria se llamasse à *lo fachenda*. Aplaudieronlo todos, y llegando el coche, se despidió Clavela, despues de media hora de cariñitos, y la siguieron los Caballeros, acompañandola hasta la portañuela.

Luego que Doralisa acabó de cenar, con tantos melindres, è impertinencias como habia usado en la comida, se empezó à desnudar. Ya estaba en paños menores, quando oyó un rumor, que sonaba entre chillar, y gruñir, y no era sino que acicalaban los instrumentos ciertos Tundidores de solfas, y Taladradores de orejas, à quienes conducia Don Lindoro, deseoso de acreditar en la vecindad su cortejo con nuestra Petimetra, la que se puso un capotillo, y asomó por entre las vidrieras. Vaya, Señor Maestro, dixo el Cortejante, vaya alguna cosita de gusto, que ya el Paxaro acudió al reclamo. Hacianse rajas los Musiquillos, formando las mas ridiculas figuras; unos, hinchados de carrillos, alargaban el pescuezo para atisbar las notas por entre los otros, que estaban abiertos de piernas, dando codazos, y haciendo gestos. Duró este obsequio cosa de una hora, y viendo Doralisa, que recogian los papeles, y apagaban las luces, se fue à la cama, y ellos con la Musica à otra parte.

Esta, Lector mio, es la Petimetra, esta su ocupacion, y estos sus pensamientos. Reflexiona ahora si están dignamente empleados en estas vagatelas los talentos, con que la Providencia Divina enriqueció el Alma racional, y juzga si se aumentará su caudal en el comercio de semejante vida. Este es el retrato de una Linda, que si todas le miran con cuidado, pueden advertir facilmente, que engañosas sus facciones, ocultan debaxo un lifonjero afeite la mas enorme deformidad, sirviendoles estas reflexiones para moderar su presuncion; y à ti, Lector mio, para no dexarte deslumbrar de tan vana ostentacion, huyendo el engañoso atractivo de la belleza.

Con licencia. En Barcelona. Se hallará en la Imprenta de la Gaceta,
y en la Libreria de Carlos Gibért, calle del Call.